

DIÁLOGOS

DE LA

CONQUISTA DEL REINO DE DIOS

compuestos por

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

DE LOS MENORES DE LA OBSERVANCIA REGULAR

con un prólogo del

P. MIGUEL MIR, S. J.



MADRID.

—
NUEVA LIBRERÍA É IMPRENTA DE SAN JOSÉ.
Calle del Arenal, núm. 20.
1885.

AL LECTOR.

De tres cosas estoy obligado á dar razón en este prólogo, que han de parecer nuevas á los que leyeren esta obra, conviene á saber: del nuevo estilo de preguntas y respuestas; del nuevo título de CONQUISTA DEL REINO DE DIOS, y del orden con que procedo, hasta llegar á la quietud del recogimiento, de que trata el último de los Diálogos. A lo primero dará satisfacción considerar el oficio que de predicador tengo, aunque indigno, el cual me ha hecho deudor, no solamente de sabios, sino también de ignorantes, y me ha obligado á dar leche á los pequeñuelos en la virtud, y pan con corteza á los perfectos, y á mudar como pescador codicioso los cebos para pescar algún alma para Dios. ¿San Pablo no confiesa de sí que se hacía todas las cosas á todos por ganarlos á todos á Cristo? Pues, ¿por qué teniendo yo la misma pretensión que el Apóstol, no haré de la doctrina lo que él hacía de su persona? Si la caridad y amor divino que en su pecho ardía le obligaba á guisarse de tantas maneras para bien de sus prójimos, cuantos ellos y

sus gustos eran, cada uno como le había menester, ¿por qué no podrá esa misma caridad diferenciar este manjar espiritual de la doctrina y guisarle de manera que sepa bien y alcance á todos? Esta ha sido la causa de ordenar en diálogos este tratado de oración y contemplación, habiendo escrito los *Triunfos del amor* en prosa suelta, para que si alguno se enfadase y cansase de leer capítulos, se recree leyendo las dudas que propone el discípulo y las resoluciones y determinaciones del maestro; que al fin la variedad alivia y entretiene en todo género de cosas, y la cuestión comenzada despierta el apetito de verla determinada y resuelta. Harto cuesta arriba se me ha hecho volver á tratar de estas materias de espíritu, visto el poco que hay en el mundo y cuán postrados y caídos están los gustos de los hombres para abrazar ejercicios de vida perfecta y del hombre interior; especialmente que desechan ya y tienen en poco lo precioso y provechoso si tiene consigo algo de dificultad. Mas por todo me ha hecho romper el deseo que en mi alma vive del aprovechamiento de las de mis hermanos, por los cuales, como dijo San Juan, debemos poner las vidas, y deseaba una y muchas veces dar la suya San Pablo, á imitación de Aquel que por todos la dió en la cruz. Y á la verdad, la mayor de las ganancias es ganar un alma para el cielo, la cual confirma San Dionisio en el libro *De cœlesti hierarchia* por estas palabras: *Uniuscujusque hierarchiam sortientium perfectio hæc est, secundum propriam ana-*

logiam in Dei imitationem ascendere; et omnium divinissimum est Dei cooperatorem fieri, et ostendere in seipso divinam actionem relucentem, secundum quod est possibile. La perfección de cualquiera que alcanzó á tener algún grado en la celestial jerarquía es subir según su capacidad y virtud á la imitación de Dios, conformándose con Él en todo lo que le pudiere parecer: por que esta similitud y conformidad vuelve amable la criatura racional y querida de su Dios; empero lo divinísimo de esta imitación y el supremo grado en la Iglesia militante es tratar de la salud de las almas y ayudar á Dios en la granjería de ellas, á donde su Majestad pone el caudal de la gracia y la diligencia y cuidado del hombre jerárquico. El cual, cuanto le fuere posible ha de mostrar la operación de Dios que en el mismo resplandece, la cual, como centella de fuego, bule allá dentro y procura salir afuera para dar luz á todos, unas veces predicando, otras escribiendo, otras aconsejando y otras dando forma de lo que deben hacer con su buen ejemplo. Que como el fuego nunca está ocioso, porque siempre quema si halla materia en que cebarse, tampoco lo puede estar el divino amor; el cual, según sentencia de San Gregorio, no es verdadero si cesa de obrar. Y cuando ninguno se aprovechase de nuestros trabajos, ¿quedaríamos por ventura perdidosos los que en la viña del Señor empleamos nuestros talentos? no, por cierto, sino con la misma ganancia que si hubiéramos convertido todo el mundo, si á eso se extendie-

ran nuestras diligencias y deseos. San Juan Crisóstomo dice que de la manera que los veneros de las aguas no dejan de correr aunque ninguno venga á beber de ellas, ni las fuentes ni los ríos se detienen en su curso puesto que nadie llegue á coger agua, así el predicador por ninguna vía ha de cesar de predicar y amonestar, aunque de muchos no sea bien oído. Porque esta ley tenemos impuesta por el mismo Dios los que administraremos al pueblo su palabra: Que en ningún tiempo dejemos de hacer lo que en nosotros fuere. El santo Profeta Jeremías, cuando por enseñar la verdad de parte de Dios á los hombres se veía burlado y escarnecido de ellos y amenazado de muerte, quiso con algún temor humano desistir de su oficio, y confiesa que luego que admitió este pensamiento, sintió dentro de su alma una gran fuerza del espíritu, que, como un ardiente fuego, le abrasaba las entrañas y los huesos, tanto, que no podía sufrir su ardor. Pues si con tan grandes ocasiones como el Profeta tenía para no profetizar ni enseñar á aquel terrible y duro pueblo, sólo por el pensamiento que de no hacerlo pasó por él fué tan gravemente en lo interior compungido, que sentía arder dentro de sí fuego por faltar á su obligación, ¡cuánto mayor escrúpulo debemos tener nosotros, que ni somos perseguidos, ni amenazados, ni escarnecidos como él lo era! Si porque el otro se duerme, ó no oye, ó se ríe y murmura de nuestros sermones, ¿dejaremos de predicar y enseñar, habiendo tantos que oyen y leen y reciben apro

vechamiento? Si con echar la red en un sermón no pescáremos todos los oyentes, contentémonos con diez, contentémonos con cinco, contentémonos con uno, que éste nos basta para nuestra consolación: y demos que ninguno salga aprovechado (aunque parezca imposible que la palabra de Dios sembrada en tantos corazones deje de hacer algún provecho); digo que ni de esta manera queda frustrada nuestra esperanza; porque si después del sermón y amonestación nuestra se determinan los malos á pecar, pecan á lo ménos con remordimiento y no con la soltura y libertad que solían antes que nos oyesen; pecan como confusos y avergonzados, sufriendo interiormente reprensiones duras de sus propias conciencias, que les zahieren y ponen delante la doctrina que oyeron ó leyeron. ¿Y por ventura estos remordimientos no son principio de salud y de mudanza de vida? Cuanto más, que si no ganamos á los que están perdidos, sustentamos y esforzamos á los que están ganados, que no es menor virtud que ganar de nuevo. Si no resucitamos los muertos, ni sanamos los enfermos, apoyamos los que están en pié para que no caigan, y añadimos esfuerzo á los vivos para que no mueran. Y si hoy no persuadimos, mañana persuadiremos, que no son los hombres ángeles, que de lo que una vez aprenden no vuelven atrás. ¡Cuántas veces acontece andar todo el día los pescadores lanzando las redes en el mar, sin tomar un sólo pez, y á boca de noche henchir sus barcos, y restaurar en aquella hora tanto tiempo

perdido! Si porque los oyentes no se aprovechan de los sermones y los lectores de los libros, hubiésemos de dejar de predicar y de escribir, seguiríase que en todas las granjerías de la vida se habría de hacer lo mismo. Deje el labrador de sembrar el año que viene porque no encerró pan en éste, y el mercader de navegar porque sufrió una y muchas veces tormentas, y ni habrá qué comer en la tierra ni nos servirá de nada la riqueza del mar. El labrador siembra todos los años y el mercader hace sus viajes á sus tiempos, siempre con esperanza de ganar; y ni el uno sembrando ni el otro navegando tienen más certeza de que este año les ha de suceder mejor que les sucedió el pasado. Y si en estas cosas transitorias tanta diligencia y cuidado ponen los hombres, aunque los sucesos son tan varios y mal seguros, ¿será bien que nosotros, si de todos no somos oídos y obedecidos, dejemos el trato y granjería de las almas? ¿Qué excusa tendremos delante de Dios? ¿Cómo esperaremos perdón de nuestra cobardía? Y más, que en las pérdidas temporales no hay el consuelo que en las espirituales; porque si dió á la costa nuestro navío y se fué á fondo vuestra hacienda, no hay quien allí luego remedie esa pérdida y naufragio. Y si las muchas aguas ahogan los panes, éisle forzoso al labrador volverse á su casa con las manos vacías. Nosotros, empero, si predicando y enseñando no somos oídos ni obedecidos, tanto recibiremos cerca de Dios como si lo fuéramos, pues no tenemos obligación de persuadir á los oyentes, sino

de aconsejarles y amonestarles lo que les conviene. No dejes de predicar y enseñar (dice el mismo Crisóstomo), hasta que se te acabe la vida, que bien empleada es la que en esto se emplea. Lo que ha de dar fin á nuestra amonestación ha de ser la obediencia y rendimiento de aquellos á quien enseñamos. El demonio nos cerca y rodea, como león rabioso, para impedir nuestra salud, no sacando para sí de este su trabajo ganancia alguna, antes aumento de sus penas y tormentos: y es tan temerario, que intenta á veces cosas que es imposible salir con ellas, y acomete no solamente á aquellos que confía derribar de su justicia, sino también á los que con probabilidad entiende ser insuperables. ¿Por ventura no estuvo atento á las alabanzas que de su amigo Job Dios predicaba? ¿No oye decir del que es hombre justo, recto, temeroso de Dios, y que se aparta de todo mal? Pues con todo porfía y espera derribarlo, y no deja piedra (como dicen) que no mueve, para que, siquiera oprimido con el peso de tantos males, pierda la paciencia: ¿y no la tendré yo haciendo la causa de Dios, esperando tan aventajado premio, y predicando á hombres que por momentos se mudan? El Apóstol San Pablo aconseja á su discípulo Timoteo que predique y enseñe á los que resisten y contradicen la verdad. Y da por razón, que por ventura en algún tiempo les dará Dios penitencia para conocerla y abrazarla, y al fin salvarse. De modo, que sin certeza de haber de aprovechar, dejándolo á lo que Dios quisiese obrar en ellos,

le exhortaba y mandaba que áun á los que le contradecían predicase siempre la verdad. Estas y otras razones, que el divino Crisóstomo juntó para animar á los que predicán, me pudieron esforzar á mí para no cansarme de comunicar de todas las maneras á mí posibles, la lluvia del cielo, que es la buena y sana doctrina, unas veces predicando, como de ordinario lo hago; otras escribiendo, y escribiendo á veces en estilo ménos humilde y más dificultoso, como están *Los Triunfos*, para entendimientos más alumbrados; otras en más llano y claro para los pequeñuelos, como lo he hecho en estos DIÁLOGOS, en los cuales el discípulo representa á los que poco saben, y el maestro á los doctos y aprovechados. Allégase á esto que las dudas que el discípulo propone son las que á todos los que tratan de oración suelen ocurrir, y que para salir de ellas se requiere maestro sabio y experimentado. Lo cual, aunque á mí me falte, no me ha faltado diligencia para escudriñar las Escrituras y leer todos aquellos autores que con satisfacción hablaron de semejantes materias, que cierto han sido muchos, y con cuidado leídos y entendidos. El título del libro también es nuevo, pero á propósito de lo que en él se trata, que es dar documentos para conocer el reino de Dios, que está en nosotros, y enseñar el orden que se ha de tener para gozar de él. De lo cual largamente trata el primer Diálogo, que á mi parecer es el mejor de todos, y el que encierra en sí lo sustancial de ellos y cuanto bueno hay escrito de vida inte-

rior: allí remito al lector, porque tratemos ahora del orden de esta doctrina. Y presuponiendo de antemano, que para la entrada y habitación en este reino espiritual y divino, á donde se halla justicia, paz y gozo del Espíritu Santo, se requieren muchas cosas; la primera de todas hallo yo que es limpieza del alma, la cual no se alcanza si no es por destierro de todo pecado. De esto y de la penitencia, que los destierra, trata el segundo Diálogo, que es muy notable, y que tiene instituciones muy saludables y de mucha sustancia. Y porque para el entrar son necesarias puertas (que no hay saltaderos ni portillos para el reino de Dios), trátase de ellas en el tercero, cuarto y quinto. El sexto continúa la materia del quinto, que es de la pasión y muerte del Hijo de Dios, y descubre muchos engaños que se ven cada día, especialmente en mujeres, que fácil y falsamente suelen trasformarse y arrobarse, y arrebatarse verdaderamente con esto la comida, el regalo y el favor de los príncipes. Habla también de aquella milagrosa transformación de nuestro Padre San Francisco en Cristo crucificado, con las condiciones de que ha de ir acompañada la meditación de sus dolores, para sentirse como conviene. Y porque hay enemigos visibles é invisibles, que defienden ó impiden la entrada á esta tierra de promisión, que de verdad mana leche y miel de consolaciones y regalos espirituales, síguese luego tratar de ellos y de los daños que hacen, y del orden que hemos de guardar para vencerlos; lo cual comienza á enseñar

este sexto Diálogo, y lo acaba el séptimo, que sin ninguna duda es de grandísima importancia, y el todo para salir con tan rica empresa, la cual alcanzada, queda por saber qué ejercicios han de ser los del que ya descubrió y posee este reino; con qué leyes ha de vivir; cómo se ha de haber sobre sí, debajo de sí, fuera de sí y dentro de sí (que estos son los manantiales y salidas que puede hacer el alma). Lo primero y segundo enseña el octavo Diálogo; lo tercero el nono; lo cuarto el último, que es la llave de todo el bien tras que andamos. Otras muchas cosas se ofrecían que poder tratar en esta conquista; mas por no hacer volumen que espantase á los lectores, sino libro tan pequeño que le pudiesen traer en la mano, sin pesadumbre, las dejé como poco necesarias, porque á la verdad he trabajado en que de las que lo son para ser uno perfecto contemplativo ninguna faltase. Recibe á lo ménos mis buenos deseos, cristiano lector, si mis trabajos no te contentaren; y si te fueren de gusto y te aprovechases de ellos, desde ahora doy gracias á mi Señor Dios, que quiso y ordenó que fuese yo el instrumento de tu aprovechamiento y espiritual consolación. Y á tí te pido ruegos por mí á ese mismo Señor, con esperanza de que si la vida se nos prestase por más tiempo, te haré otros servicios de tanta ó de mayor utilidad. Vale.



DIÁLOGO PRIMERO.

DE LA VIDA INTERIOR Y CENTRO DEL ALMA Ó REINO DE DIOS:
DE LA HARMONÍA DEL HOMBRE Y DE LA VERDADERA INTE-
LIGENCIA DEL MANDAMIENTO DEL AMOR.

DISCÍPULO Y MAESTRO.

§ I.

DISCÍPULO. Si el desear ser perfecto fuera perfección, perfectísimo fuera yo en todo género de virtud: porque toda la vida gasto en buenos propósitos y deseos. En el estado secular fueron éstos, de entrar en Religión, donde Dios mucho se sirviese y mi alma se aprovechase. Oyólos Su Majestad, por su misericordia infinita, como suele oír los de sus pobres, é hizome uno de ellos en la profesión. Y aunque me confieso al presente falto de obras, no

lo estoy de aquellos antiguos deseos, y otros de nuevo; y el mayor de todos es ser en lo de dentro lo que en lo de fuera parezco: porque me avergüenzo y confundo mucho de que me juzgue el mundo por perfecto y santo, siendo en los ojos de Dios tal, que hay más de que tener de mí mancilla que envidia. ¿Y cuántos desearon como yo y lo que yo, que prevenidos con la repentina y no pensada muerte, arden y arderán para siempre en el infierno? ¿Y por qué no temerá otro tanto el que, las manos cogidas en el seno, se consume y acaba la vida deseando? Verdaderamente, yo debo ser aquel desdichado de quien dijo Salomón: «Quiere y no quiere el perezoso». Y digo desdichado, porque de querer y no querer se forma y cuaja un *querría*, tan lejos de efectuarse lo que se desea, cuanto cerca del castigo de los tibios, que es estarlos Dios lanzando de su estómago y trocándolos por vómito. Este es el estado que llamaron los Santos de insensibilidad: en que ni la consideración del cielo deleita, ni la del infierno atemoriza, ni los beneficios despiertan, ni se sienten las heridas... Pero, Dios de mi alma, ¿qué veo? ¿Es, por ventura, el que allí viene mi Maestro? Él es, sin duda alguna, y no me pesa de ello. Holgaríame, empero, de que no me hubiese oído.

MAESTRO. Dios te salve, Deseoso.

DISCÍPULO. El mismo sea tu salud perdurable.

MAESTRO. ¿Qué soliloquios han sido estos que contigo y á tus solas has tenido toda la tarde? Huélgome de verte tan deseoso de tu aprovechamiento espiritual, y que se entienda que no acaso, sino por inspiración divina y orden del cielo, se te puso el nombre que tienes. Porque, bien mirado, gran parte de la salud está en el desearla. El Profeta santo decía: «Deseó mi ánima desear tus justificaciones en todo tiempo». Á Daniel le intitula el Angel, Varón de Deseos. Las oraciones jaculatorias, que, como dicen los Santos, penetran los cielos, también son deseos. La Iglesia hace fiesta á los que tenía la Virgen preñada de Dios, por verle ya nacido en el mundo y en sus brazos, y éstos celebramos el día de la O; y todas las que se ponen en aquellas siete Antífonas, ántes del nacimiento del Señor, significan los que tenían los padres de que Dios enviase al *Deseado* de las gentes. Si esto es así, como lo es, ¿por qué te desconsuelas, siendo tus deseos tantos y tan buenos?

DISCÍPULO. Porque crecen á una en mí esos deseos santos é imperfecciones sin cuento; mil buenos propósitos y dobladas culpas. Y apenas ha brotado en mi alma un pensamien-

to de salud, cuando la conversación y trato de los amigos lo destierran de ella. Y siguiendo la corriente de los insensibles, que son muchos, sólo en el hábito me conozco religioso, siendo en lo demás hombre del siglo. La profesión que tengo hecha es estrechísima, y yo relajadísimo; ella me pregona muerto al mundo, y yo vivo á sólo el mundo; ella me niega y pone entredicho á todo lo que es carne y sangre, y yo soy hombre carnal, venido debajo del pecado; ella me manda ser pobre, y yo voy huyendo de la pobreza; y al fin, todos los buenos deseos desaparecen en flor, y á cada paso me hallo con hurtos de malas obras en las manos.

MAESTRO. No pases adelante con esa plática, que parece que reina hoy en tí la melancolía. Salgámonos, si quieres, un rato á la huerta.

DISCÍPULO. Salgamos enhorabuena. ¿Tienes, por ventura, alguna cosa que tratar conmigo en puridad?

MAESTRO. Sí tengo, y deséote todo entero; porque lo que quiero enseñarte no admite corazones repartidos, ni hombres distraídos y fuera de sí.

DISCÍPULO. Siempre me has hablado con véras y sin lisonja; pero nunca me preveniste como ahora.

MAESTRO. Nunca habrás oído de mi boca lo que hoy te deseo comunicar.

DISCÍPULO. Parece que vienes enviado de Dios, y á la medida de mi deseo, que ha sido hallar quien me hable al corazón y me enseñe cosas sustanciales, interiores y de espíritu; que lo que comunmente se trata en estos tiempos, aún entre varones insignes y de mucho punto de santidad, lo más es exterior y de muy poca satisfacción para el alma.

MAESTRO. Un pensamiento es el de los dos, sino que yo estoy más enfadado del lenguaje bárbaro que en materia de virtud corre en el mundo, que no tú que naciste ayer; que si bien miras en ello, todo es acudir á componer este hombre exterior y á cumplir con los que lo son, y apenas se halla quien se acuerde del hombre interior y divino. Y deberían advertir los que en esto gastan su tiempo, que el hombre interior compuesto compone y ordena sin pesadumbre ninguna al hombre exterior, y no al contrario. De Platón he leído, que hacía de ordinario esta oración á Dios: *Amice Deus, da mihi ut intus pulcher efficiar: et quæ exterius sunt intimis sint amica.* Amigo Dios, dadme que en lo interior os parezca hermoso, y que lo exterior se conforme y tenga amistad con lo interior.

DISCÍPULO. Devotísima oración es esa ver-

daderamente, y más de pecho cristiano que de filósofo.

MAESTRO. También nos viene aquí muy á pelo y es de más autoridad, lo que el Profeta santo dice del alma esposa de Cristo, en el Salmo 44, el cual, habiendo tratado con galanas metáforas de la hermosura y virtudes del celestial Esposo, de su admirable disposición y gallardía, vuelto á ella le dice: «Toda la gloria de él, á la hija del Rey, es adentro, en las fimbrias doradas y cercada de variedad». Como si dijera: eso que el Esposo tiene por naturaleza, tiene, en su tanto, la esposa por gracia; sino que en ella está de secreto, allá adentro, donde los ojos de Dios lo miran y aprueban; aunque no tan secreto, que deje de dar algunas muestras de fuera; que al fin, los extremos son dorados. Porque si alguna vez se extreman los Santos, es en obras de caridad, entendidas por las orlas ó fimbrias doradas; que en las demas en que se ceban los ojos de los hombres, ningún extremo hacen, porque suelen por la mayor parte ser viciosos. En los Cantares se escribe, que siendo motejada la esposa de morena y desaliñada, no negando el desaliño y moreno, confiesa que con ello anda junta la hermosura de esposa de Jesucristo. «Soy, dice ella, como las tiendas de Cedar y las cortinas de Salomón». En lo de

fuera, negras y de poco lustre; al fin, como expuestas al sol y á las injurias de los tiempos; mas en lo secreto é interior, llenas de grandes riquezas y de suavísimo y precioso olor. Este conviene que en todo lugar sea bueno, como dice San Pablo, pero principalmente debemos oler bien á Dios; que como hay hombres tan lascivos, sensuales y profanos, que por donde quiera que van dejan el suave olor y fragancia del ambar y amizcle, de que andan como embalsamados, y si llegas á contemplarlos de cerca son asquerosos en sus personas, así hallarás muchos que todo su negocio es dar buen olor de virtud y santidad á los hombres, sin acordarse que principalmente le deben á Dios. Enseñanse éstos á torcer la cabeza, componer las manos, modestar y bajar los ojos, encoger los hombros, hablar por compás y en tono devoto, medir los pasos, colgar el rosario con su calavera de la cinta y á otras cosas de esta suerte, y no tratan de componer el hombre interior, ni mortificar las pasiones, ni andar dentro de sí mismos, ni de la vida que esencialmente ha de ser virtuosa.

¡Qué poco caso hacía San Pablo de que el hombre exterior se corrompiese y anduviese desaliñado! Sabía él muy bien, que de su corrupción y descompostura procedía la refor-

mación y ornato del hombre interior. Los que de véras tratan de ser perfectos, imitan á la naturaleza, que, no olvidándose de formar las partes exteriores del animal, lo primero á que acude es á la formación del corazón. El arte y los santos fingidos ó de burla son de una manera, que no se curan de lo interior, sino de sólo lo que se puede ver: del rostro macilento, de llorar donde sean vistos, de suspirar en la iglesia y hacer gestos, cosa que Dios mucho aborrece, y de confesar y comulgar á menudo, por el pundonor y áun por el provecho temporal que se halla ya en estos ejercicios.

§ II.

DISCÍPULO. ¿Luego no es bueno ni se debe hacer eso que reprendes?

MAESTRO. No reprendo el buen ejemplo exterior, ni las obras tales, en las que sólo se busca la gloria de Dios y edificación del prójimo; porque el Señor quiso que fuesen de manera que las viesén los hombres y glorificasen al Padre, que está en los cielos. Lo que reprendo es el detenerse en estas cosas y poner en ellas todo el cuidado, no porque son para gloria de Dios, sino porque son insignias de alguna santidad, á veces tan llenas de in-

tereses propios, que se serviría más Su Majestad de que las dejásemos, que no se sirve de que las hagamos. En Amós están escritas estas temerosas palabras: «Aborrecidas y echadas á mal tengo vuestras fiestas; y esos perfumes y olores que me dáis en vuestras juntas me ofenden y sirven de humo á mis narices. No curéis de quemar animales ni hacerme otros servicios, que no los tengo de mirar ni volver á ellos mis ojos; yo os absuelvo de los votos que me tenéis hechos para que os tenga en mi memoria, porque no me dan gusto. Quitad allá esa confusión de voces y esos motetes de violones, que me atormentáis con ellos». Hasta aquí son palabras de Dios Nuestro Señor, el cual reprueba todos los servicios que se le hacen en su Iglesia, si no llevan vida; si les falta lo esencial, que es el espíritu y la verdad, con que quiere ser servido y adorado. Cesario cuenta, que cantando en una iglesia unos músicos con gran destreza y armonía, un Santo que se halló allí en aquella sazón vió un demonio puesto en lo alto de la capilla mayor, que con la mano izquierda tenía un costal abierto y con la derecha recogía las voces y las metía en él, hasta que le hinchó. Acabado el oficio, los músicos, como tienen de costumbre, comenzaron entre sí á alabar sus motetes y canto de órgano. «¡Qué

linda estuvo la corneta!» decía el uno; otro, «¡qué bien cantó Fulano; qué pasos tan ricos hizo de garganta, etc.» El siervo de Dios, que oyó la plática, llegóse á ellos y les dijo: «Muy bien habéis cantado, supuesto que quedó lleno el costal». Admirados de esto y sabido el por qué lo decía, se confundieron mucho, y se avergozaron de lo que poco ántes se estaban gloriando.

DISCÍPULO. ¿Pues no había otra cosa en que recoger voces tan suaves sino en un costal?

MAESTRO. No; porque las más bien acordadas del mundo, si van sin espíritu, son como paja para el gusto de Dios; y así las manda encerrar en un costal, como se encierra la paja, para las bestias. Y quiero que sepas, que lo mismo que fué de aquellas voces será de todos los ejercicios corporales, si les faltase la vida que Dios pide en ellos.

DISCÍPULO. ¿Y qué vida es esa?

MAESTRO. Oye, no á mí, sino al divino contemplativo Rusbrochio, cuyas palabras, fielmente sacadas, son estas: «No tanto debemos atender á lo que hacemos, cuanto á lo que de verdad somos; porque si fuésemos interiormente, en lo íntimo de nuestras almas buenos, también nuestras obras serían buenas; y si en lo íntimo fuésemos justos y rectos, justas y rectas serían ellas. Muchos ponen

la santidad en el hacer; mas no aciertan, porque, si así se puede decir, no consiste sino en el sér; que por muy santas que parezcan nuestras obras, no santifican en cuanto obras, sino en cuanto nosotros somos santos y ellas salen de interior ó centro santo, tanto tienen de santidad y no más. De manera que el centro santo santifica todo lo que hacemos, ora sea comer, beber, dormir, orar, hablar, macerar la carne con ayunos y otras cosas semejantes, que de suyo no son malas, sino buenas ó naturales; y aquél tiene el íntimo y centro más santo, que tiene mayor amor de Dios en su alma; y sus obras son más calificadas cuanto con mayor pureza mira en ellas la gloria de Dios. Por lo cual debemos trabajar con todo cuidado, por tener bueno y grande este íntimo y centro, y de principiar de él nuestras acciones; porque, sin ninguna duda, en él está constituída la esencia y bienaventuranza del hombre; y las obras que son virtuosas, de allí lo son; porque el ánimo bueno y levantado por amor en Dios, levanta y perfecciona nuestras obras y las hace gratas á Su Majestad». Hasta aquí son palabras de Rusbrochio, que, á mi juicio, lo que en todas ellas quiso decir fué: Que no mira Dios á la cantidad de nuestras obras, ni hace caso de que sean grandes, sino al ánimo de donde salen, el cual las ca-

lifica y acondiciona á sí mismo, y las sube tanto de punto, cuanto él está subido y elevado por amor en Dios, y no más; y así, cuanto este íntimo de nuestra ánima es mayor y más santo, y lo que hacemos sale esencialmente y con actual atención de él, tanto y no más es agradable y acepto á Dios; que eso significó la divina Escritura cuando dijo: «Miró Dios á Abél y á sus dones»; que primero se agradó de la persona que del sacrificio, y tanto tuvo el sacrificio de aceptación, cuanto era acepto el que le ofrecía. Y lo que fué en Abél es en todos los hombres del mundo, cuyas obras, cuanto es de parte de ellos, son aceptadas ó no de Dios en cuanto ellos ó lo son ó no al mismo Dios; que no puede ser que yo sea esencial ó cordialmente bueno, porque tengo en mi alma plantado el amor divino, que es vida de ella y de todo lo que hago, y que no se agrade Dios, y se pague de mis obras, por muy pequeñas que sean, si, como queda dicho, llevan por fin y blanco la gloria y honra suya desnudamente, y sin alguna consideración á provecho y comodidad mía. Ni tampoco, siendo el íntimo malo y leproso, pueden dejar de tener lepra mis obras, y ser por esto no gratas á Dios; que escrito está: «los dones de los malos no los aprueba el Altísimo».

§ III.

DISCÍPULO. ¿Qué llamas íntimo del alma? Que según lo que Rusbrochio ha dicho, debe ser lo principal que hay en nosotros, y á que debemos siempre aspirar.

MAESTRO. Lo que te doy por respuesta es, que hasta que halles dentro de tí ese centro ó íntimo, no habrás sabido qué cosa es vida interior ó esencial, que es lo que yo deseo que sepas y experimentes; porque luégo no hay necesidad de más preceptos, ni documentos en la vida espiritual, porque todos llegan hasta allí; y allí puesta una alma, toma Dios la mano y la enseña por sí mismo, que es la mayor bienaventuranza que le puede venir en esta vida, como lo dijo el Profeta: «Bienaventurado el que tú, Señor, enseñáres y le diéres la inteligencia de tu ley».

DISCÍPULO. Al fin, me dejas con mi ignorancia.

MAESTRO. Por ahora sí; porque mi intento en este rato de conversación no es más que aficionarte á andar dentro de tí mismo y á una vida esencialmente buena, no armada sobre palillos ni sujeta á los ojos de los hombres, sino regulada según el beneplácito de Dios y atenta á su habla interior; que San Gregorio

dice: «El que no se esconde y retrae de las cosas exteriores, no penetra las interiores». Y dice más: que es necesario esconderse para oír, y esconderse después de haber oído; porque el alma apartada de las cosas visibles percibe y contempla las invisibles; y llena de las invisibles, perfectamente desprecia las visibles y oye á hurtadillas las venas de la habla divina; porque conoce delicada y secretamente los modos ocultos de la inspiración suya. Lo cual no puede hacer el que no se habituare á vivir dentro de sí mismo en este divino y esencial centro de su ánima, que, propiamente hablando, es el reino de Dios, donde él mora con todas sus riquezas. Y si no me engaño, de este reino se entiende lo que dice Cristo por San Lúcas: «Mi reino dentro de vosotros está»; y éste comparó por San Mateo al tesoro escondido, que el que lo halló lo escondió más, y vendidas todas sus cosas compró el campo en que estaba, para cavar en él más á sus solas y para con mayor libertad gozarle.

DISCÍPULO. ¿Cómo se puede decir con verdad que escondió el tesoro, si estaba escondido?

MAESTRO. Muy poco sabes, si eso ignoras; que claro está que para el dichoso que halló el tesoro, ya que hasta hallarle le estaba es-

condido como á todos, después de hallado manifiesto quedó y patente para él, y secreto para los demas. Y dicese que le escondió para conservarle, y que de todo lo que tenía se desposeyó para gozarle; porque este tan gran bien tiene tanto gusto y consolación para el que le halla, que fácilmente da de mano á todas las cosas que hay de contento en el mundo, y sólo ó solitario entra á cavar y sacar el oro que sólo puede enriquecer las almas y librarlas de toda miseria y pobreza. Mas ¡ay, qué poquitos dan con este tesoro tan oculto! Y no me espanta; que al fin es negocio de gracia, y ninguno por sus fuerzas naturales lo alcanza. Ni aún hallarás entre muchos uno que se persuade de que hay dentro de nosotros tanto bien. El divino Blosio, Rusbrochio, Taulero y otros, dicen que este centro del alma es más intrínseco y de mayor alteza que las tres facultades ó fuerzas superiores de ella, porque es origen y principio de todas. Es de todo en todo simple, esencial y uniforme, y sin él no hay multiplicidad, sino unidad, y en él son una cosa las dichas facultades; conviene á saber: entendimiento ó inteligencia, memoria y voluntad.

DISCÍPULO. Parece que andas por declararme lo que tanto deseo.

MAESTRO. De razón ya lo habías de haber

entendido por lo dicho ; y pues habemos llegado á tal punto, advirtiéndote primero , que es el más alto que hay en la vida espiritual, y de que has de tener memoria para adelante, has de saber, que el íntimo del ánima es la simplicísima esencia de ella, sellada con la imagen de Dios, que algunos santos llamaron centro, otros íntimo , otros ápice del espíritu, otros mente: San Agustín sumo, y los más modernos, la llamaron hondón ; porque es lo más interior y secreto , donde no hay imágenes de cosas criadas, sino, como queda dicho, la de sólo el Criador. Aquí hay suma tranquilidad y sumo silencio; porque nunca llega á este centro ninguna representación de cosa criada, y según él, somos deiformes ó divinos, ó tan semejantes á Dios, que nos llama la sabiduría dioses. Este íntimo, desnudo, raso y sin figura , está elevado sobre todas las cosas criadas y sobre todos los sentidos y fuerzas del ánima, y excede al tiempo y al lugar , y aquí permanece el alma en una perpetua unión y allegamiento á Dios, principio suyo. Cuando este íntimo, al cual la luz eterna y no criada continuamente ilustra y esclarece , se manifiesta y descubre al hombre , en gran manera la aficiona y enternece , como se dice del que halló el tesoro, que por el gozo demasiado que recibió , vendió todas sus cosas y compró el

campo. ¡Oh noble y divino templo , del cual nunca Dios se aparta , á donde la Santísima Trinidad mora , y se gusta la eternidad! Una sola conversión perfecta en este íntimo á Dios, es de mayor importancia que muchos otros ejercicios, así interiores como exteriores, y que puede restaurar diez y más años perdidos. Aquí mana una fuente de agua viva , que da saltos por la vida eterna ; y es de tanta virtud y eficacia, y tiene tanta suavidad, que destierra fácilmente toda la amargura de los vicios, y vence y sobrepuja toda la rebeldía , contradicción y resabios de la naturaleza viciosa y mal inclinada. Porque luego que se bebe esta agua de vida , corre por toda la región del cuerpo y del ánima, y da y comunica al cuerpo y al ánima una maravillosa pureza y fecundidad.

§ IV.

DISCÍPULO. Gran cosa es esa verdaderamente, y no debería el hombre aflojar ni cesar de la oración hasta que Dios le concediese beber siquiera un sólo trago de tal agua.

MAESTRO. Una sola gota que bebieses no tendrías más sed de las cosas vanas, ni de las transitorias criaturas, sino tu sed sería de sólo Dios y de su amor ; en el cual , cuanto más

crecieres, tanto más aprovecharás en la unión divina; y cuanto más unido y más profundamente metido en Dios, tanto más claramente le conocerás; y así conocido, forzosamente ha de ser con mayor ardor amado, y ese es el blanco de nuestras obras y ejercicios; ahí se ordenan y van á parar todos; porque si te falta este amor, todos tus trabajos, aunque sobrepujen á los que han padecido y padecen todos los hombres del mundo y los demonios, son vanos y de ningún fruto, como largamente lo hallarás escrito en nuestros *Triunfos*. Al fin, tanto tendrás de santidad cuanto de caridad, y no más. Y si te parece que me alargo en esto, oye al gran Padre Agustino, que dice: «Si quieres cumplir con perfección todo lo que explícita ó implícitamente se contiene en las divinas Escrituras, guarda en tu alma la verdadera caridad, que ella es el fin de la Ley y de los Profetas». El Apóstol á su discípulo Timoteo dice: «El fin del precepto es la caridad, de corazón puro, de buena conciencia y de fe no fingida». En las cuales palabras, aunque hay mucho que notar, sólo quiero que adviertas por ahora, que precepto no significa mandamiento especial ó sólo, sino todo lo mandado y ordenado en la ley; lo cual, así como está, se endereza al aumento y conservación de la caridad, que ella es la clave del

edificio espiritual; y si peligra ella, peligra todo lo que estriba en ella. Con esto entenderás aquel lugar de Santiago, tan dificultoso: «El que en uno ofendió, en todos quedó culpado».

DISCÍPULO. Nunca yo he hallado cómo esto sea posible: ¿por qué el adúltero ha de ser acusado ó castigado como homicida, ó el ladrón como adúltero?

MAESTRO. La sentencia del Apostol, superficialmente entendida, no parece que tiene verdad; pero si recurrimos á lo que de la caridad queda dicho, tiénela muy grande, y es muy conforme á razón lo que el Apóstol dice: «Porque si todos los preceptos tienen su dependencia de esta virtud, y ella se extiende á Dios y al prójimo, y por ella son preceptos los que lo son, y ninguno puede obligar contra ella, bien se sigue que faltando en ella, se falta en todos; y en cualquiera que se falte, ella queda agraviada». En un círculo verás esto muy claro, que todas las líneas que se forman del centro á la circunferencia se comunican en el centro; allí se topan y se hacen una cosa. ¿Podríase, por ventura, tocar en este centro sin tocar en las líneas todas?

DISCÍPULO. Parece que no.

MAESTRO. Pues así es en el propósito, que el centro de la Ley y de los Profetas es la ca-

ridad; y los que son preceptos, como ya dije, lo son en ella, van á parar en ella y salen de ella. Luego si se toca en ella y se le hace ofensa, todos la reciben; y á cualquiera que de todos se toque queda ofendida ella y todos agraviados en ella, por ser todos una cosa en ella, como las líneas en el centro, que aún cuando cada una considerada por sí parece diferente de las otras en la circunferencia, como parecen diferentes preceptos no hurtar, no matar, no adulterar, no jurar, etc., ni lo son en el centro las líneas, ni en la caridad los preceptos; y así queda entendido Santiago, y tú, de buena razón, aficionado á la caridad.

DISCÍPULO. Y mucho verdaderamente, y con deseo grande de saber cómo se ha de amar á Dios con perfección, de manera que alcance yo la que por este camino con tanta brevedad alcanzaron los santos.

MAESTRO. El cómo enseñó aquel piadosísimo Señor que sólo pide en recompensa de lo mucho que le debemos por nosotros y por todas las criaturas, amor. «Amarás, dice, á tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu ánima, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas, y de toda tu virtud».

DISCÍPULO. Esa repetición de palabra, con tan diferentes términos, me confunde mucho; y para entender de raíz ese mandamiento tan

encarecido, había yo menester que se me diese alguna luz de esos nombres , corazón , alma, mente, fuerzas y virtud.

MAESTRO. Mucho quisiera excusar el responderte á eso, porque es de gran dificultad y pide más alto conocimiento que el que yo tengo de las cosas del espíritu. Pero contentarte has con que te diga lo que supiere, que será lo que los santos dicen y la filosofía nos enseña.

DISCÍPULO. No se te puede pedir otra cosa.

MAESTRO. Pues por principio de esta doctrina nota, que en el hombre se consideran tres diferencias de hombres: animal, racional, deiforme ó divino ; cada uno de estos hombres tiene una fuerza ó potencia con que conoce ó entiende , y otra con que se inclina á huir ó desear aquello que ya conoció, en cuanto ó le es dañoso ó provechoso. El hombre animal obra y conoce por los cinco sentidos exteriores: vista, oído, olfato, gusto y tacto ; y todo lo que por estos sentidos percibe, envía al cerebro, y por ciertas imágenes y fantasías mira allí las cosas y las compone y retiene en la memoria. A esta sensitiva potencia corresponde otra natural apetitiva con que apetece estas cosas exteriores, riquezas, amigos, manjares y otros deleites de este metal, y huye las cosas adversas y que le son contrarias. Este apetito

se llama animal ó sensual , que es fuerza afectiva que se mueve únicamente de la aprensión de los sentidos. Cualquiera que según este hombre vive, vive según la sensualidad, no de otra manera que viven los brutos ; y por esta parte somos sin ninguna nobleza , y estamos sujetos á corrupción y muerte. El segundo hombre, que se dice racional, tiene una cierta potencia, que se llama inteligencia ó razón, cuyo oficio es pesar todas las cosas y mirar cuál es lo bueno y cuál lo malo , cuál lo verdadero y cuál lo falso. Esta saca conclusiones de las premisas y de las cosas que siente , las insensibles, y es potencia que en su operación no usa de órgano corporal , como la pasada; pero corresponde al libre albedrío, que se mueve á abrazar y hacer todo lo que la razón le dicta y enseña. Otros la llaman afecto racional ó apetito de razón. El que en esta potencia se ejercita , hácese rico de sabiduría y de virtud , las cuales tanto más crecen en él, cuanto él más las desea; y cuanto más alcanza de ellas , tanto el deseo de su cumplida posesión es mayor. Esta vida en sí misma es imperfecta , porque siempre le falta algo que es sobre la razón humana; es, al fin, defectuosa, porque fuera de Dios no puede cosa alguna hartar la hambre del ánima racional. El tercer hombre se llama suprema y simple inteli-

gencia , ó mente , y es fuerza cognitiva del ánimo, que recibe inmediatamente cierta lumbré natural de Dios; por lo cual se conoce la verdad de los primeros principios , conocidos los términos. A esta simple inteligencia corresponde un suave , agradable y puro amor del ánimo , que inmediatamente recibe inclinación al sumo bien , así representado por la simple inteligencia, y naturalmente se mueve á lo bueno. Los que en esta amorosa potencia se ejercitan y tienen familiaridad con Dios, tan alto se levantan algunas veces , que callando por poco tiempo su entendimiento, de sí y de todas las cosas juntamente se olvidan, y son todos tragados de Dios y trasformados en él. Rusbrochio llamó vida divina la de este tercer hombre ; porque en ella se contempla atentamente Dios y se une á Él el alma por desnudo amor, y le goza y gusta cuánta sea su dulcedumbre, derrítese y renuévase de continuo en él; y este es el camino del rapto y elevación sobre todas nuestras fuerzas , á un estado donde el mismo Dios nos rige, y el alma sufre su operación y es ilustrada con claridad divina, no de otra manera que estos aires con los rayos del sol, y el hierro con el calor y virtud del fuego. También quiero que sepas, que el ánimo del hombre se llama principalmente así, porque vivifica y anima al cuerpo,

y en las fuerzas ó virtudes de ella , dichas racionales, conviene á saber: Razón, Voluntad y Memoria, resplandece la imagen de la Santísima Trinidad. Pero según el hombre superior, ó simple inteligencia, es el ánima dicha espíritu, ó íntimo, ó mente ú hondón, como ya has oído, la cual es dotada de tanta nobleza, que no hay palabras con que esto se pueda declarar. Este íntimo retraimiento de la mente ninguna cosa criada le puede henchir, ni dar hartura, sino sólo el Criador con toda su inmensidad y grandeza; y aquí tiene Él su pacífica morada, como en el mismo cielo; ni es necesario que le vayamos á buscar fuera de nosotros cuando quisiéremos hablar con Él; porque en cuanto no le desterramos por el pecado, inseparablemente asiste en este su retraimiento, aparejado para oirnos y para hacernos merced; aunque algunas veces tan disimulado como si no estuviese. Por lo cual debemos convertir aquí á Él todas las fuerzas de nuestra ánima, con singular atención y reverencia. De este espíritu, ó íntimo, ó centro, ó ápice del ánima, proceden todas las fuerzas de ella, no de otra manera que los rayos proceden del sol y á él vuelven como á su original principio, y esto mediante la obradora caridad y verdadera intención á Dios. Bienaventurado el hombre que supo conver-

tirse á este centro con perfecta resignación, porque vale más una hora de este ejercicio para alcanzar perdón de pecados y montones de gracias, que muchos años de otros, por muy altos y aprobados que sean. Tales cosas obra Dios en el alma, así convertida, que ella misma no las comprende. Pero con los que ciegan estas facultades y fuerzas interiores, ningún trato ni comunicación tiene, que es la mayor miseria que puede padecer la criatura racional.

§ V.

DISCÍPULO. Verdaderamente me tienes suspenso y fuera de mí con lo que me has dicho; porque nunca entendí que dentro de nosotros hubiese tan grandes riquezas, ni ese centro tan admirable y de tanta codicia.

MAESTRO. Muy pocos hallarás que sepan esto, porque todos los más, como ya dije, son dados á exterioridades, sin hacer caso de entrar dentro de sí mismos á investigar este tesoro y conversar con aquel Señor que dice: « Mi reino dentro de vosotros está ».

DISCÍPULO. Parece que con lo dicho fácilmente entenderé el mandamiento del amor, que tan dificultoso se me ha hecho siempre.

Y si tuvieses por bien declararme algo acerca de él, recibiría mucha consolación.

MAESTRO. Amar á Dios de todo corazón es amarle de toda tu voluntad y deseo : de manera que ninguna cosa apetezcas ni quieras contra Dios, fuera de Dios, ni sobre Dios. Digo que echadas de tu corazón todas las criaturas, se lo has de ofrecer todo al Criador, para que sólo y á solas le posea. Amar á Dios de toda tu alma es amarle con todo el hombre animal, teniendo á raya todos los cinco sentidos y apartándolos de todo deleite y de toda otra obra que pueda ofender los divinos ojos; de manera que has de usar de ellos, no para pecar, ni para deleitarte, sino para honra y gloria de tu Señor Dios. Amar á Dios de toda la mente es perseverar con entendimiento sano en la verdadera fe, muy confiado de Dios y sin vacilar, ni sustentar opiniones falsas, ni pensar en ellas, ó hablando conforme á la doctrina que te ha dado. Amar á Dios de toda la mente es andar dentro de tí mismo, atento siempre á él, con un puro y sincero amor, sin mezcla de otro extraño ó adulterino, pues nos consta que otro que Dios no puede henchir nuestra alma. Al fin, le has de amar con todas tus fuerzas ; porque todas las que hay en tí, interiores y exteriores, se han de emplear y consumir según su altí-

simo beneplácito, sin alguna contemplación de interés propio, como cosa principal en el amor, que bien se puede y debe esperar la gloria y otros bienes y mercedes que suele Dios hacer á sus amigos. En una palabra, quiero que sepas, que las muchas de este mandamiento, ninguna otra cosa te dan á entender sino que Dios nuestro Señor te quiere todo para sí, sin que para otra cosa criada quede lugar en tí que pueda hacer guerra ó contradecir á su voluntad; y es de manera necesario desembarazarte de todas las cosas, para que more Dios en tí como en su templo, que no es posible quedándote tú en tí, hacer Él en tí su morada. ¿Nunca has visto aposentarse un gran Príncipe, entrando en una aldea, de camino, en casa de un labrador rústico?

DISCÍPULO. Sí he visto.

MAESTRO. Pues de la manera que para entrar el Príncipe en la pobre casilla del labrador, el labrador se sale y la desocupa de todas sus alhajas, sin quedar ninguna, grande ni pequeña, porque el Príncipe trae consigo el ornato y aderezo dignos de su persona; así para morar Dios en una alma quiere que se desocupe primero del amor de todas las criaturas y de sí misma. El Eclesiástico dice: «Escribe en tu corazón la sabiduría en el tiempo de la vacuidad ó vacante, y mira bien

que el que más se desocupare de negocios, ese será más lleno de ella ». Llano es que la sabiduría que sabe y engorda al alma, que es el gusto dulce de las cosas celestiales, se recibe mejor cuanto más vacío y desocupado tenemos el corazón, no sólo del amor de las criaturas, sino de los actos de los sentidos interiores y exteriores; porque, éstos retirados y en silencio, el espíritu puro vuela á su Criador, y sufre en este tiempo la operación del Espíritu Santo, que obra grandes maravillas en el alma, así desembarazada y vacía. Primero que este divino Espíritu en el principio del mundo viniese sobre las aguas y las fecundase y produjese tantas vidas, se dice que la tierra estaba vacía ó vacante; que es decirnos, hablando al hombre interior, que la tierra de nuestros corazones se ha de vaciar y desembarazar de toda criatura, para que pueda recibir mejor la venida del que todo lo hinche, que es Dios. ¡Qué vacío tenía su corazón aquel que, tratando de la caridad é imperfecto conocimiento, decía á los de Corinto: «Cuando viniese lo que es perfecto, evacuarse há lo que es en parte y poco. Cuando yo era pequeño, hablaba y sabía y pensaba como pequeño y niño; pero después que fuí hecho varón, evacué y desembaracéme de las cosas que eran de pequeño». Todo es poco y niñería

todo lo que no es Dios ; y el conocimiento que se tiene por las criaturas es como tiniebla respecto del que Dios infunde en el alma desembarazada y libre de ellas : y en verdad que es niño cualquiera que juega con estas cosas transitorias en su entendimiento y les da lugar en su corazón, y que para ser grande les ha de dar de mano y desocuparse para sólo el Criador. El profeta Jeremías, y en consonancia de él el Santo Rey David, dicen que delante de Dios, conviene á saber, puestos en el lugar de la oración, hemos de derramar como agua nuestros corazones; como si dijeran, de suerte que nada les quede dentro, ni pensamiento, ni afición de las criaturas, sino que á solas lo hagamos con su Majestad; lo cual no se entendiera si dijera como aceite ó miel, etc. En el Salmo 138 se escribe : « La noche es mi alumbramiento en mis deleites ». Y á mi ver, lo que en el sentido espiritual dice esta letra es, que en la privación del actual conocimiento de las criaturas, que esas son tinieblas, como lo dijimos en el capítulo XV de ellas en *Los Triunfos*, están los deleites y gustos suavísimos del alma del contemplativo: cuya voluntad está en este tiempo actuada, y obrando, ó recibiendo, por mejor decir, grandes regalos y riquezas de su Esposo celestial. Para significar Dios este des-

embargo del corazón, mandó en su antigua ley, que el altar donde ardía el fuego perpetuo de los sacrificios estuviese hueco y vacío. Para que esto se entienda, sobre todo lo dicho hace lo que pasa en el Santísimo Sacramento del altar, que como á la voz del sacerdote, la sustancia de pan desampara su casa y sucede el cuerpo de Cristo, quedando sólo los accidentes de pan ; porque en lo sustancial, después de la consagración, es cuerpo de Cristo, y en lo accidental es pan ; quiero decir, que ninguna sustancia hay allí de pan, sino solo los accidentes, que por eso se llama transubstanciación ; así quiere Él que á la voz suya, con que nos llama y convierte á sí, las criaturas todas, y nosotros mismos, salgamos juntamente de nosotros, dejando para Él libre y desembarazada la posada; como lo hizo aquel divino Apóstol, que se atrevió en carne mortal á decir : « Vivo yo, ya no yo ; vive en mí Cristo » ; que es como si dijera: En lo espiritual, lo accidental tengo de hombre ; mas lo sustancial de Dios. Tales nos quiere Su Majestad para sí, que accidentalmente seamos hombres y sustancialmente dioses, regidos por su Espíritu y conformes á su beneplácito; para lo cual impide toda criatura que con amor desordenado se posee y ama. Porque como dijo un Profeta : « El lecho de nuestro

corazón es angosto y no caben dos en él», y el palio del amor es breve, y no alcanza á cubrir más que á uno.

DISCÍPULO. Parece que quieres decir, que los justos dejan de ser hombres y son dioses por esencia ; como por virtud de las palabras de la consagración deja el pan de ser pan y es cuerpo de Cristo.

MAESTRO. No digo tal cosa, porque yo voy hablando de transformaciones de amor, las cuales todas son accidentales ; que amando yo á Dios no dejo de ser lo que soy cuanto á la esencia, sino accidentalmente. Digo que el alma transformada en Dios por amor, más vive para Dios que para sí ; porque no ya lo que le pide el hombre exterior, sino lo que Dios le ordena, quiere y sigue. Y como el alma está más donde ama que donde anima, síguese que es más de la cosa amada que suya. Y en este sentido se puede decir, que los justos accidentalmente son hombres, y sustancialmente dioses , pues por su divino espíritu son regidos y viven; como el hierro caldeado se queda hierro, aunque vestido de las calidades de fuego, pareciendo más fuego que hierro por esencia; aunque verdaderamente no lo es sino por participación, como los justos son dioses.

DISCÍPULO. Admirable doctrina es esta,

por cierto, padre mío, sino que se me asientan mal dos cosas: la primera, que pueda yo vivir sin mí, como se dice que vivía el Apóstol; la segunda, que siendo el ánima racional no más que una, tenga tantas facultades y haga tan diferentes oficios como si fueran muchas ánimas.

MAESTRO. Bien dices que es una en cuanto á su esencia y sustancia; y siguiendo la doctrina de Scoto y de otros parisienses, no hay distinción real entre ella y sus potencias. Santo Tomás dice, que hay distinción real entre el ánima y sus potencias; las cuales, consideradas con diversos respectos, una vez las llama accidentes, otra casi propiedades naturales de la misma ánima.

DISCÍPULO. Dejemos, si te parece, esas diferencias para las escuelas, y digamos con Isidoro, que las potencias de tal manera están conjuntas al ánima, que son una misma cosa con ella; y que por la diversidad de los oficios en que se ocupa tiene diversos nombres.

MAESTRO. Ese es el parecer de Scoto, y siguiéndole por ahora, digamos que el ánima es una (como tienen todos), pero que hay en ella diversas facultades ó virtudes, las cuales le dió el Señor como instrumento para obrar; sino que con el poco uso están en nosotros confusas, y no con aquella disposición que

para ejercicios tan altos como éstos se requiere; y así es necesario purgarse primero, acicalarse y limpiarse. Por lo cual quiero que sepas, hijo Deseoso, que para perfectamente convertirte á Dios, el entendimiento y la razón han de servir como de ayos del hombre sensual y bestial, apartándole de todos los desordenados gustos y deleites, así de pensamientos y palabras como de obras, para que de esta manera alcances la perfecta mortificación y negamiento de tí mismo, y traigas á tal punto este hombre, que de ahí adelante no obre por los sentidos exteriores, ni se derrame más por las criaturas, sino conforme á lo que la recta razón dictare, y entendieres ser voluntad de Dios. Esta mortificación de la naturaleza te será molestísima y penosísima en los principios; pero en el acatamiento divino será aceptísima y dará de sí olor, como un suavísimo pebete y olorosísimo incienso. Conserva tu entendimiento libre de dudas perplejas, fundado en la fe católica, como ya te dije, y muy sujeto y rendido de todo en todo á la santa Iglesia. Ofrece tu voluntad á Dios por perfecta abnegación, desembarazada y libre del amor, afición ó inclinación á alguna de todas las criaturas del mundo. Y conserva cuanto te fuera posible, por la divina gracia, tu memoria vacía y desocupada de

imágenes y formas de todo lo que no es Dios; y mira bien que estas fuerzas, así purgadas todas y á una, las has de convertir al centro de tu ánima, á donde Dios mora y está presente, y allí le adorarás y reverenciarás y abrazarás con estrechísimos abrazos de entrañable amor. Ten atención que de la manera que por los rayos solares ves y conoces el sol material, así por estas fuerzas sensitivas serás llevado y adestrado al entendimiento, y del entendimiento al secreto del espíritu, y de allí, finalmente, á Dios. También sabrás que nuestra ánima está en este mundo como media entre el tiempo y la eternidad; y si elige andar á las de fuera y se convierte al tiempo, esto es, si se hace temporal, amando las cosas que lo son, olvídase, sin duda, de la eternidad, y todo lo que es divino se disminuye en ella, y se le va por alto y aleja; y como las cosas que de lejos se miran parecen á la vista más pequeñas que son, y tanto menores cuanto más lejos, y aun llegan con la distancia á no parecer lo que son, así las cosas divinas que están lejos de nuestro corazón vienen á ser juzgadas por pequeñas de los que no saben contemplar la eternidad. Y porque nuestra carne hace guerra á nuestro espíritu, tanto más penosa y molesta, cuanto por estar ella en su casa y natural asiento tiene por amigos

conjurados en su favor todas estas cosas temporales y terrenas, y el espíritu no tiene aquí su reino, sino su destierro (que sus fieles amigos en el cielo los posee), es menester armarnos contra la carne y domarla con la dura penitencia, para que desvergonzadamente no se vuelva y levante contra el espíritu. ¿Quieres, pues, concebir en tu alma una singular devoción y celo contra tí mismo? Pues haz cuenta que estás ya muerto (pues en breve, quieras ó no quieras, has de morir), y considera con esto tu alma apartada del cuerpo y junta con la eternidad, y verás luego qué poco caso haces en este tiempo de los daños y agravios que se le podrán hacer á tu cuerpo en la tierra, ó de lo que pasa en el mundo. Sinó, mira el que hicieron los mártires de los suyos, sin estar aún despedidos de ellos sus almas, con sola la consideración de que en breve los habían de dejar.

§ VI.

DISCÍPULO. Mucho me ha contentado lo que me has dicho; así cuanto á la declaración del supremo mandamiento del divino amor, como cuanto á la purificación de las fuerzas del ánima; sólo me queda de saber por ahora lo que parece que tú has dejado de industria,

que es lo primero que te pregunté acerca del vivir y no vivir de San Pablo, que es cosa que siempre me ha hecho dificultad; porque tengo por imposible que se verifiquen de un mismo hombre, en un mismo tiempo, estas palabras: vivo y no vivo.

MAESTRO. Bien me dió en qué entender ese lugar del Apóstol, cuando en nuestros *Triunfos* traté de la transformación ó muerte ó mortificación del amor; y como allí dije tanto, disimulaba con tu petición; mas pues no quieres perdonarme nada de lo que se te ofrece de duda, yo tampoco quiero dejarte con ella. San Dionisio, libro *De divinis nominibus*, cita ese lugar; y por parecerle dificultoso al discípulo lo que el maestro decía, como á tí te ha parecido, se puso muy de propósito á declararle; y entre otras cosas notables y dignas de su extático entendimiento, dice: que el amor divino causa éxtasis, esto es, que saca de sí á los que aman y no los deja ser suyos, sino de la cosa amada; y porque el del Apóstol para con Cristo era tan crecido que le hacía no ser nada suyo, ni vivir para sí, sino todo para Cristo, atrevióse á decir que vivía y no vivía, y que su vida era Cristo; que fué como si, más claro, dijera: Soy hecho Dios por amor, ó háme transformado en Cristo el amor y soy un Cristo del amor. Dos co-

sas presupone este amor extático de San Pablo, las cuales se han de considerar en cualquiera que padece éxtasis como él. La primera el sér de naturaleza, por quien se dice: Vivo. La segunda el sér de gracia, en el cual dice: No vivo, porque vive en mí Cristo. El sér de la naturaleza inficionada desfallece en esta obra; mas el de gracia crece de manera, que siente el ánima en sí más á Cristo que á sí misma. Y así cuanto á la primera vida, vive como si no viviese; porque de sóla la segunda hace caso, y en esa dice que vive. ¡Y cuánta razón hay de preciarse el hombre más de que viva Cristo en él que de vivir él! ¡Oh! si dejases obrar en tí á Cristo, ¡cómo inflamaría tu voluntad, cómo adelgazaría tu entendimiento y cómo avivaría tu memoria, para que no ya tú en tí, sino él en tí viviese, y tú fueses verdaderamente otro Cristo por amor, como San Pablo, poderoso para convertir muchas almas á su servicio, como él! Esta es aquella unión tan deseada y tan pedida, y con tantas veras, por el mismo Cristo; el cual, después de la Cena, cercano ya á la muerte, hablando con su Padre, dice: Yo, Padre mío, la claridad que me diste, conviene á saber, que sea Dios hombre en supuesto divino, dísela á mis discípulos, por la participación de mi unión, para que sean una cosa como yo y tú somos;

yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno, y conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste á ellos como á mí.

DISCÍPULO. Altísimo vuelo es ese, por cierto.

MAESTRO. No ménos que de águila caudal; vuelo es que nos hace dioses en Dios y cristos en Cristo, é hijos en el Hijo, para que se verifique lo que dijo el Profeta: «Yo dije: dioses sois, é hijos del muy alto todos». De aquí vino á llamarse Cristo vid, y á nosotros sarmiento, para significar más esta unión estrechísima que quiere que haya entre él y nosotros. También se llamó levadura, porque la masa después de sazónada es una cosa con ella, y, como dicen, de su naturaleza. ¡Oh corazón distraído y vano, recógete un poco en tí mismo, ó por mejor decir, en tu Cristo, que no es otro que tú, y acaba ya de entender que de aquí adelante ninguna otra cosa has de desear que ser Dios hombre en Cristo, desfalleciendo de tí mismo, para que puedas con el Apóstol gloriarte diciendo: Vivo yo y no vivo yo; vive en mí Cristo. Y porque con esto habrás entendido qué cosa es ser sustancialmente Cristo y accidentalmente hombre, quiero decir, qué cosa es vivir más Cristo en nosotros que nosotros mismos, y cómo se cumple con aquel tan estrecho mandamiento de amor

que pide el corazón, el ánimo, la mente y todas las fuerzas interiores y exteriores; bastará por hoy lo dicho, avisándote por conclusión y remate de todo, que en lo que más el alma pierde es en no tener libre la entrada á su íntimo (donde está Dios) sin el medio del amor de las criaturas. Por tanto, cualquiera que por su mucha negligencia y descuido pierde esta libertad, pierde más en una hora, de los espirituales é interiores bienes, que pudiera ganar si en este tiempo aprendiera todas las escrituras; porque todas ellas se ordenaron y escribieron para que con su ayuda nosotros fuésemos entero, interior y espiritual holocausto para Dios nuestro Señor. Por lo cual te pido cuan encarecidamente puedo, que libre de toda distracción mores dentro de tí, y recojas ó retires todas tus fuerzas y sentidos (á cuanto por la divina gracia te fuere concedido) de las acciones exteriores inútiles al secreto interior; y cerrando la puerta del corazón, contra las imágenes y fantasías vanas, que distraen el ánimo, á solas mores con tu Señor Dios, que su santo templo labró dentro de tí; que quien sin medio de criatura, esto es, con pureza y simplicidad, se allega á Dios, una cosa se hace con él y es superior á todas las imágenes y formas de las criaturas; y como de allí mana la gracia, abundantemente se derrama por el

hombre, y cunde las fuerzas y potencias de su ánima; y mediante ésta, obran todas con facilidad y gusto. Aquí es donde te debes ofrecer todo á Dios y desampararte á tí mismo y darte todo, y correr como licor derretido en él, adorándole en espíritu y verdad. Y para que puedas conservar este trato interior y conversación celestial con tu Dios, mira que no te derrames ni con palabras ni con obras por los sentidos exteriores; porque cuantas más fueren las palabras y obras, tantas más serán las distracciones y los accidentes. Avísote que aquí, más que en otro ejercicio, está nuestra salud y bien espiritual; y créeme, que si constantemente morares dentro de tí mismo, que serás hecho dentro de tí sin tí. Refrena, pues, la naturaleza para que no ande distraída y vagabunda á una y á otras partes; porque cierto es que un discurso desordenado pare á otro y otro, y muchos impiden la paz del alma. Y advierte juntamente con esto, que aun cuando por la gracia de Dios los pecados todos estén ya postrados y muertos en tí, la inclinación y el fômes perseveran siempre contigo, y con ellos has de traer guerra perpetua, mientras durare la corporal vida.

DISCÍPULO. ¿Y si no siento dentro de mí á Dios?

MAESTRO. Trabaja con todas tus fuerzas

hasta que le vuelvas á hallar, desterrando de tí todo lo que para tanto bien te fuere impedimento ó lo pueda ser, y escoge antes la muerte que hacer cosa contra la voluntad de Dios ó consentir en un pecado, por leve que sea, y no te fatigues mucho por agradar fuera de Dios á criatura alguna. Conténtate con la buena parte de María, sin dar quejas importunas como Marta, que esto no lo suelen hacer sino los que tienen poco de espíritu y de bien en sus almas. No salgas de tí, te ruego una y muchas veces, que podría ser que una hora de ausencia la pagases con muchos años de entredicho, y aun con no volver á entrar dentro de tí jamas. Conviértete sin interpolación á la soledad interior, y hablando en secreto contigo, dí de esta manera: El que yo busco, con ningún sentido ni ingenio es comprensible; pero las almas puras le pueden abrazar y recibir; esto pretendo, y á caza de esto ando; y cualquiera cosa que se me ofreciere, próspera ó adversa, tengo de sufrirla y acocearla y continuar mi camino. Nuestro Padre Fray Pedro de Alcántara se recogía con solas estas palabras: «Convertíos, alma mía, á vuestro descanso (que es al centro interior), que os espera allí vuestro bienhechor Dios»; y decía que con este verso, su alma, como corrida y afrentada de andar callejera, se cerraba dentro de

sí á la conversión de su Esposo. No seas fari-séo en tu corazón, que muy pocas palabras bastan para este recogimiento, y las muchas suelen impedirle. Por tanto, calla, reposa y sufre; confía en Dios, y lo que fuere de tu parte, hazlo de buena voluntad; y créeme, que muy en breve serás maravillosamente alumbrado, para conocer las perfectísimas sendas de la vida interior. Y esto basta para que sepas andar dentro de tí, que es lo que yo más deseo que saques de tratar conmigo.

DISCÍPULO. Bendito sea Dios, que me dió tal maestro, tan verdadero y tan seguro: yo no pienso salir de esta doctrina un punto, ni cansarme en leer otros libros. Sólo te pido humildemente, que no me encubras estas sendas y caminos, que dices que hay en la vida interior.

MAESTRO. Yo, hijo, estoy muy cansado, y tú tienes bien que rumiar en lo que has oído. La noche nos convida á silencio, y es justo que le guardemos. Por la mañana trataremos de la conquista del Reino de Dios, que, como has visto, está dentro de nosotros, cuya granjería es mejor que cualquiera otra de oro y de plata; más precioso es que todas las riquezas del mundo; y cuantas cosas se pueden desear en él, son nada en su comparación. Sus caminos, caminos son de hermosura, y las sen-

das de él muy pacíficas. Quien le conquistare y ganare, tendrá dentro de sí el arbol de la vida, que resiste á la eterna muerte; y el que seguro le poseyere, será bienaventurado.

DISCÍPULO. Yo no quiero más de lo que tú quisieres; aunque sé cierto que la noche me ha de parecer muy larga con el deseo que he concebido y llevo de oírte hablar en materia tan alta. Dame tu bendición.

MAESTRO. La de Dios te acompañe y nos alcance á todos. Amén.

(Y advierto al religioso y pio lector, que en sólo este Diálogo está la suma de toda la mística Teología, y que es fuente de vida perdurable y camino certísimo para la perfecta unión con Dios.)

